



PELOTA SUDACA

BIOGRAFÍAS FICTICIAS DE LEYENDAS
DEL FÚTBOL LATINOAMERICANO



JERÓNIMO PARADA
& ANDRÉS SANTA MARÍA

ILUSTRAZIONES DE
Christian Cañibe

EDITADO POR
IMPEDIMENTA

LA BIBLIOTECA DEL PÁJARO DODO 2025



ÍNDICE

LIBERTADORES DE AMÉRICA	9
ARGENTINA: ÓSMOSIS RIOPLATENSE	17
Gabriel Batistuta: <i>la maldición del cometa naranja</i>	19
Alfredo Di Stéfano: <i>la saciedad del espíritu</i>	21
Ángel Di María: <i>Kafka</i>	25
Diego Maradona: <i>Fin de los Tiempos</i>	29
Lionel Messi: <i>no soy un extraño</i>	33
BOLIVIA: NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ	37
Máximo Alcócer: <i>volando con Wilstermann</i>	40
Marco Etcheverry: <i>I love Marco</i>	42
Marcelo Martins Moreno: <i>el perfume</i>	43
BRASIL: CONCHAS CONTRA PIEDRAS O EL BAILE PRIMIGENIO	47
Garrincha: <i>Ulf Lindberg, ave amazónica</i>	49
Neymar: <i>NeyRiveJaguar</i>	52
Pelé: <i>la tregua de Lagos</i>	56
Roberto Carlos: <i>la Casa de los Misterios</i>	59
Romário: <i>hijo de la espuma</i>	62
Ronaldinho: <i>la mirada del lechón</i>	65
Ronaldo: <i>orisha del fuego</i>	68

CHILE: DONDE TERMINA LA TIERRA	73
Elías Figueroa: <i>piratas de ultramar</i>	75
Roberto Rojas: <i>el vuelo del cóndor</i>	77
Alexis Sánchez: <i>el niño de Bataille</i>	79
Iván Zamorano: <i>mecánica clásica</i>	82
COLOMBIA: VISIONES DEL YAGÉ	87
Faustino Asprilla: <i>guayabas y faros</i>	89
René Higuita: <i>el Escorpión de Mitra</i>	90
James Rodríguez: <i>cien años de James</i>	92
Carlos Valderrama: <i>el Ser</i>	95
ECUADOR: REMINISCENCIAS DE GONDWANA	99
Álex Aguinaga: <i>el Güero</i>	101
Alberto Spencer: <i>copey</i>	103
Enner Valencia: <i>elixir blanco</i>	106
Antonio Valencia: <i>tardes de Mánchester</i>	107
MÉXICO: UN ESTADO DEL ALMA	111
Jorge Campos: <i>Serpiente Emplumada</i>	115
Luis Hernández: <i>pasillos imposibles</i>	117
Rafael Márquez: <i>la esencia del triunfo</i>	119
Hugo Sánchez: <i>Terra Nostra</i>	121

PARAGUAY: DEFENSORES DEL CHACO	125
José Luis Chilavert: <i>guardianas del guaraní</i>	130
Carlos Gamarra: <i>las aguas del Ypacaraí</i>	133
PERÚ: CHICHA FOR THE JET SET	137
Héctor Chumpitaz: <i>Capitán América</i>	140
Teófilo Cubillas: <i>el inca y el yoruba</i>	141
Hugo Sotil: <i>las líneas de Nazca</i>	144
Paolo Guerrero: <i>el último inca</i>	146
URUGUAY: LOS ÚLTIMOS CHARRÚAS.....	151
Diego Forlán: <i>el camino del fútbol</i>	154
Enzo Francescoli: <i>el Príncipe</i>	156
Luis Suárez: <i>latidos del magma</i>	158
Obdulio Varela: <i>Revolución Oriental</i>	159
VENEZUELA: LA BOLA CURVA	165
Rafael Dudamel: <i>el mito de Sísifo</i>	168
Stalin Rivas: <i>la zurda estalinista</i>	169



ARGENTINA: ÓSMOSIS RIOPLATENSE

El librepensador y estadista argentino Juan Bautista Alberdi publicó en 1852 *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, un texto que fue fundamental para la redacción de la Constitución de 1853. La máxima «gobernar es poblar», una de sus ideas más importantes, obsesionó a los miembros de la Asamblea Constituyente, quienes imaginaron que la llegada de ciudadanos del «primer mundo» daría un futuro de virtud y prosperidad a la Argentina.

La obsesión de Alberdi se materializó pocos años después, en 1871, como una consecuencia inesperada de la unificación italiana. Las provincias agrícolas del sur, desfavorecidas frente a la industria del norte, fueron azotadas por el hambre y la miseria, y provocaron una diáspora que daría el último trazo a la identidad argentina. El espíritu de los obreros inmigrantes impregnó las calles de Buenos Aires con su estridente caudal vocal. Se produjo una ósmosis de hablas y costumbres, se establecieron guetos con intensos aromas a albahaca, romero y tomillo. Un grupo de genoveses convirtió la desembocadura del Río de la

Plata en su Piccola Italia e incluso llegaron a proclamarla la República Independiente de La Boca. Junto con la gastronomía y las discusiones en torno al anarquismo de Malatesta, se introdujo una pasión desenfrenada, una pulsión que se manifestaba en cada picado boquense. Surgieron dos clubs de fútbol: uno vestido de color blanco y atravesado por una banda roja sangre, y otro de azul, con el vientre dividido por una franja dorada. A partir de entonces, los dos equipos se transformaron en rivales que producen una eclosión cada vez que se enfrentan.

Fruto de esta historia, palabras dedicadas al fútbol emanan diariamente de los cafés, bares y taxis de toda la Argentina. Es una emisión que crea una vibración incuantificable, que se transforma en alardos boyantes o encolerizados, en puteadas de una inverosímil creatividad, en asados, pizzas de *mozzarella* con fainá, chorizos humeantes y torrentes de birra. Es como si sus cuerpos se entregaran por completo a esta devoción, extraviándose en senderos salvajes e indeterminados que pueden culminar en ráfagas de éxtasis o en la oscuridad del alma.

Una vez pasados los noventa minutos de primitivo frenesí, el criterio cesa y la conversación se vuelve más cerebral; las pasiones se aquietan, pero la pelota continúa dominando el pulso de la verborrea. Este ciclo, al igual que el incesante giro de la Tierra alrededor del Sol, se repite cada semana como el ritual que define la ósmosis rioplatense.

GABRIEL BATISTUTA: LA MALDICIÓN DEL COMETA NARANJA

Al nordeste de la provincia de Santa Fe, en un campo de baloncesto, Gabriel Omar realizaba rápidos movimientos para lograr desmarcarse. Vestía los colores del Club Atlético Adelante y su posición era ala pivot. Su objetivo era driblar con el poroso balón anaranjado en las manos para concretar una finta a la vez que encontraba el camino libre para encestar una precisa bandeja. Luego corría de vuelta al campo propio para defender el tablero, y así seguía día a día, tal como lo hacían en su época Ginóbili, Delfino y Nocioni, que terminaron siendo la columna de la generación dorada del baloncesto argentino.

Batistuta no toleraba bien la frustración ni la derrota. Esto se hizo particularmente obvio en un incidente que terminó con Gabriel cometiendo el sacrilegio prohibido en este deporte. Hirviendo de furia, en un partido en el que todo le salía mal, no pudo contenerse y, para descargar su ira, golpeó el balón de básquet con el empeine, lo que desató el despegue de un verdadero cometa naranja que, milagrosamente, no decapitó a ninguno de sus compañeros o rivales. El bólido impactó en el borde de la canasta y la hizo vibrar por más de un minuto. El hecho no dejó indiferente a ninguno de los allí presentes. Sobre todo a su compañero Tiago, un chico brasileño, que le lanzó una mirada furiosa y le dijo: «*Isso não se faz, Tiago, não esquece*». Batistuta, por algún motivo, percibió la advertencia casi como un designio demoniaco, y se le puso la piel de gallina.

Para Tiago, aquel bruto rioplatense había violado la regla sagrada. Gabriel Omar también estaba obnubilado con el poder

que acababa de detectar en su pierna derecha, pues había descubierto por primera vez la mortífera arma que cargaba consigo. ¿No era en otro deporte en el que se podía aprovechar semejante bendición? Esta revelación lo guio hacia su verdadera vocación: convertirse en uno de los arietes más peligrosos de todos los tiempos. La potencia biónica de las piernas de Batistuta y la certera puntería de sus remates lo llevaron a la liga italiana de fútbol, a defender los colores de la Fiorentina. Allí, Gabriel terminó de desarrollar su máximo talento: el de un cañonero insaciable que devolvió a la Fiorentina a la élite de la Serie A de Italia.

Un día, años después de retirarse del fútbol, el karma cayó sobre su existencia. En una caminata por Florencia, quiso disfrutar como un turista más de las bondades arquitectónicas de la ciudad. Sonreía ante la incommensurable belleza de la Piazza del Duomo, el Jardín de Bóboli y el Ponte Vecchio. De pronto, una horrible sensación se apoderó de su cuerpo, como si ese impulso inhumano con el que golpeaba la pelota no hubiese sido un don divino, sino una maldición llegada del mismísimo infierno. Como si las almas de cada víctima de sus cañonazos se hubiesen juntado en una sórdida ceremonia de vudú, sus piernas comenzaron a hacerle sentir un insoportable calvario, provocándole dolores irreales, incomparables en intensidad con nada experimentado hasta entonces. El dolor era tal que Gabriel Omar llegó a pensar en arrancarse las piernas, sin importarle permanecer postrado de por vida en una silla de ruedas, desprovisto de los miembros que construyeron su porvenir.

Finalmente, la medicina moderna pudo liberar del calvario a Batistuta, que no tuvo que recurrir a la automutilación y pudo sobrevivir a aquellas deudas que parecían haber sido

cobradas desde las más oscuras cloacas de lo desconocido. Lo que no supo Gabriel fue que, en algún rincón de Brasil, retirado de su antigua afición por el básquetbol, Tiago conservaba un pequeño muñeco inspirado en su cuerpo, lleno de agujas, que finalmente lanzó a un río. La lección había quedado clara: en el baloncesto, el balón no se patea. *Isso não se faz, Tiago, não esquece.*

ALFREDO DI STÉFANO: LA SACIEDAD DEL ESPÍRITU

La Pequeña Copa del Mundo se desarrollaba como todos los años en Caracas, con la presencia de los mejores equipos de Europa y América. En la edición 1963 participaron el Real Madrid, São Paulo y Porto. Los jugadores alucinaban con la Venezuela de Rómulo Betancourt, en medio de un desbordante flujo de riqueza petrolera. Los planteles y sus comitivas eran agasajados como príncipes, y paseados como semidioses por playas, restaurantes y clubes nocturnos de la ciudad.

Ese 20 de agosto, el equipo había derrotado por 2-1 a los portugueses. «La Saeta Rubia», Di Stéfano, había tenido un partido sin sobresaltos. Por la noche, cenaron juntos en el restaurante del Hotel Potomac. Puskas, Gento, Santamaría, Pachín, Train y Di Stéfano echaron buenas risas intercambiando anécdotas de torneos de pretemporada. Di Stéfano se fue finalmente a su habitación, con una sensación de saciedad no solo alimentaria, sino también espiritual. Pensó en su infancia

en Barracas, Buenos Aires, y en sus padres italianos. En los años de juventud en Huracán y River Plate, en su primer Campeonato Sudamericano con la Selección de Argentina, en los alucinantes años en Bogotá defendiendo a Millonarios. En el amor de Sara Freitas. Y qué decir de España: ¿alguien alguna vez podría ganar más títulos en tan poco tiempo? Cinco copas de Europa, siete ligas españolas, todo en menos de una década. Saciedad era efectivamente la palabra. La vida le había sido generosa, y a sus 37 años podía seguir disfrutando del fútbol y desplegando calidad por el mundo.

Lo despertaron unos golpes en la puerta de la habitación. Eran las 6 de la mañana. Di Stéfano escuchó una voz que le exigía abrir. Era un grupo que se identificaba como la Policía, vestían uniformes e iban armados. Le dijeron que debía acompañarlos para aclarar una investigación en curso sobre algo que había ocurrido esa noche en el hotel. Di Stéfano, confundido, les pidió comunicarle con los jefes de la delegación, pero estos se lo negaron. Le insistieron nuevamente que los acompañase. Le condujeron a un coche —que no parecía ser de la Policía— y le introdujeron en el asiento trasero. Di Stéfano les hizo algunas preguntas, que quedaron sin respuesta. El policía que iba en el asiento del copiloto le miraba constantemente. ¿Le intentaba amedrentar? No, no parecía ser esa su intención. Era como si simplemente no pudiese evitarlo. Finalmente, llegaron a una casa de clase media en algún lugar de la ciudad. Los supuestos policías lo guiaron a través de la puerta hasta una gran habitación casi vacía. Por última vez, Di Stéfano intentó obtener algo de información. Cállese, Alfredo, le dijo uno, que procedió a apagar la luz y salir por la puerta, que aseguró girando el cerrojo.

Di Stéfano no supo cuántos minutos pasaron en la oscuridad. Podía sentir chorros de sudor emanando desde sus poros, y una sensación que se acercaba peligrosamente al pánico. ¿Era este el fin de una vida de gloria y armonía? La idea de no poder despedirse de Sara y de sus hijos le atormentaba. Nunca había sentido una amargura similar. ¿Querrán dinero? Estaba dispuesto a darlo todo con tal de comprar su libertad. Sus dedos se enterraron lentamente en la superficie de la cama. El terror se apoderaba de su respiración cada vez más agitada, cuando de pronto, desde el fondo de la habitación, el sonido de una radio interrumpió la oscuridad. Era el relato de un partido, de aquel partido.

Minuto 74 en el estadio Heysel de Bruselas. El marcador está igualado 1-1 entre el Real Madrid y el Milán. El balón lo controla Santamaría en defensa; lo pasa a Zárraga. Zárraga avanza y toca a la banda derecha y encuentra a Kopa. Sigue el genio francés Kopa. Se escapa por la banda derecha, ¡lo persiguen, pero no lo alcanzan! Ahí viene el centro al área buscando al maestro. ¡Ojo que aparece la Saeta Rubia! ¡Controla con el pecho, calma total, se detiene el tiempo! Se perfila, ¡dispara! ¡GOOOOOOOL! ¡GOLAAAAAZO! ¡DI STÉFANO, DI STÉFANO! ¡Qué clase, qué potencia, qué jugador! ¡El portero quedó como una estatua, petrificado! ¡Gol del Madrid, gol de la leyenda, gol de Alfredo Di Stéfano! ¡Esto es arte, esto es historia, esto es fútbol!

Apenas terminó el relato, el sonido de la radio se desvaneció y se encendió la luz. En la habitación había aparecido una pequeña mesa con comida y bebida, y dos sillas. En un extremo, el policía del asiento del copiloto, aquel que no le dejaba de mirar, ahora vestía un traje casual de entrenamiento militar y

una camiseta inolvidable: la 9 albiceleste que usó Di Stéfano en el Campeonato Sudamericano. Tome asiento, Alfredo —le dijo sonriente— y perdone usted la grosería de haberlo traído de esta forma. Es temprano, pero siempre soñé con este momento, y por algún motivo imaginé que compartíamos una paella. ¿Le molestaría acompañarme? Di Stéfano pareció rápidamente convencido que los delicados modales de su captor eran sinceros y honestos, y aceptó la invitación.

La conversación posterior duró horas. El supuesto policía se llamaba Paúl del Río. Le pidió que mantuviera su nombre en secreto. Le explicó que representaba a las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional. Del Río le dijo que, sin embargo, no pensaba aburrirle con asuntos políticos. Le dijo que, por cierto, quienes le acusaban de franquista eran unos idiotas. Le habló de toda su carrera futbolística, de la que estaba al tanto al detalle, y le pidió que firmara la camiseta que traía puesta. Le confesó que era pintor, y le mostró algunos cuadros que a Di Stéfano le recordaron ligeramente a Pablo Picasso. En algún punto, «La Saeta Rubia» tomó confianza para hablarle a su captor. Le contó maravillosas anécdotas de sus 20 años como futbolista profesional. Finalmente, Di Stéfano le preguntó por qué le forzaban a estar allí. Del Río lo miró avergonzado. Le dijo que era por la causa, que era para demostrarle al traidor Betancourt de lo que eran capaces, pero que no quería molestarle con esas historias. Di Stéfano no volvió a preguntar.

Tras dos días de cautiverio, comidas, conversaciones y buenos momentos, Alfredo Di Stéfano fue liberado y devuelto al Hotel Potomac. Sus compañeros y familia estaban aterrorizados. La noticia se había transformado en el escándalo mundial de la semana en periódicos y radiodifusoras. Alfredo les

explicó a todos que no había que preocuparse, que no pasaba nada, que le habían tratado maravillosamente, y que había, por cierto, conocido a un talentoso pintor, a un amante del fútbol, a un chico realmente espectacular.

Alfredo y Paúl se volvieron a ver una vez más cuarenta y dos años después en el estadio Santiago Bernabéu. Era el año 2005, con ocasión del estreno de «Real, la película», que cuenta anécdotas históricas del club. Se reconocieron y se saludaron con genuino entusiasmo, recordando aquellos inolvidables días juntos en Caracas. Di Stéfano le invitó a cenar a su restaurante favorito de paellas. Paúl aceptó, y esa noche ambos tuvieron una última cena, en la que nuevamente sintieron esa saciedad de la vida. Aquello que algunos llaman felicidad.

ÁNGEL DI MARÍA: KAFKA

En la monotonía del hotel de concentración de la selección argentina, Ángel Di María observaba con indiferencia los meticulosos gestos del entrenador Sabella. Fue entonces cuando sus ojos se posaron en la contratapa del libro que sostenía y la imagen de Kafka emergió con precisión inquietante. El rostro del escritor, marcado por una melancolía impenetrable, le devolvió una mirada que parecía real. Di María sintió un vértigo inexplicable, la súbita conciencia de su propia existencia desmoronándose. El reflejo de Kafka, idéntico al suyo, se convirtió en un espejo de su propia alma, desnudando sus miedos más